

cos caían dos magníficas plumas, Iba sobre su caballo dejando apenas asomar el pie bajo el vestido.

Zich permitía á la niña que en casa usara el caftán, mas cuando salía le agradaba que todo el mundo la supusiera hija de una ilustre familia.

Seguían cuatro servidores y los clérigos del abad.

Zbishko miraba estupefacto la cabalgata y fijándose en el abad y en Jaghenka más bien le parecía el cortejo de un príncipe en marcha.

El que vestía más modestamente era Zich, á quien preocupaba solo el lujo de los demás, y el sólo se limitaba á cantar alegres canciones.

El abad, Jaghenka, Zich y Zbishko, caminaban alineados; el abad desde el principio había ordenado á sus servidores que se cantase la letanía, pero luego, púsose á conpensar con Zbishko, que admiraba su inmenso cuchillo colgado en el cinto.

—Veo,—decía el abad con gravedad,—que os asombra este cuchillo, y debéis saber que los religiosos tenemos licencia del Santo Padre, para llevar armas cuando vamos de viaje, quedando excluidos solamente los de humilde condición, porque los nobles quiere Dios que sean diestros en el manejo de las armas, y quien les quisiere arrebatar tal privilegio iría contra su voluntad.

—El príncipe Enrique de Mazovetzk tomaba parte en los torneos,—dijo Zbishko.

—Se le debe culpar, no por esto, si no porque tomó *mulierem fornicariam et bibulam*.

El abad paró el caballo y con más seriedad aún añadió:

—Quien escoge la *uxorem* debe procurar que sea de buen carácter, cortés y discreta, y buena para su casa; esto, además de los padres de la Iglesia, lo dice un filósofo: Séneca. Trata, pues, de buscar una mujer no lejos de tu casa, sino ya conocida de antiguo. De lo contrario, deberás llorar como aquel filósofo, á quien una mujer alocada, en

un momento de ira, bañó con el contenido de un recipiente asqueroso.

—*In secula seculorum, amén*,—dijeron los clérigos, quienes contestaban siempre así al abad, sin fijarse en si sus palabras correspondían á las anteriores.

Cerca de Ksceno, el abad arregló el cinto de manera que pudiese empuñar cómodamente el cuchillo si fuera preciso.

—El viejo Vilko,—dijo,—vendrá con gran séquito.

—De fijo,—agregó Zich,—pero creí que estaba enfermo.

—Uno de mis clérigos ha oído decir que tenía intención de acometernos después de la misa.

—No lo hará.

—Espero que Dios no permitirá semejante locura,—agregó el abad.

Después mirando á sus servidores,—añadió:

—Cuidad de no desenvainar las espadas, y acordaos de que somos siervos de Dios; pero si nos atacan, herid sin misericordia.

Zbishko, que cabalgaba al lado de Jaghenka, hablaba de lo que más le preocupaba.

—En Ksceno, Chtan y Vilko saldrán á tu paso de fijo, haz el favor de enseñármelos.

—Sí.

—¿Qué te dicen otras veces?

—Me echan alguna flor.

—Hoy no te dirán nada, ¿comprendes?

—Sí.

Habían llegado á Ksceno. De la gran multitud que esperaba cerca de la iglesia se destacaron bien pronto Vilko y Chtan, pero Zbishko adelantándose, ayudó á Jaghenka á desmontar de su caballo, y mirando á los dos jóvenes con aire de desafío condújola á la iglesia.

A la entrada Vilko y Chtan, tuvieron una nueva desi-

lusión; ambos se acercaron á la pila del agua bendita y mojado los dedos en ella, alargaron la mano á la joven, pero ésta, tocó la de Zbishko.

La gente miraba con estupor á ambos jóvenes, al ver su cólera reconcentrada.

Chtan fué el primero que rompió el silencio:

—¿Qué hacemos,—dijo,—le acometemos?

—¿En la iglesia?

—No, después de la misa.

—Ha venido con Zich y con el abad. ¿Te acuerdas de lo que dijo una vez aquel? Si nos peleamos, no nos dejará entrar en su casa; si no fuera por eso, ya te hubiera roto yo el esternón.

—Y yo te hubiera roto la cabeza,—murmuró, apretando los puños; pero entonces se acordó de que no le convenía pelear con Vilko, sino con su peligroso rival.

Después de un corto silencio, Chtan dijo:

—¿Qué hacemos, pues? ¿Le enviamos un reto á Bogdanetz?

—No sé; entremos en la iglesia y después hablaremos.

La misa calmó su furor; al terminar, Jaghenka volvió á tomar de mano de Zbishko el agua bendita; Chtan y Vilko saludaron cortésmente á Zich, á la muchacha, y hasta al abad, porque ella les pareció más bella que nunca.

Vilko dijo á su compañero de desgracia.

—Vamos á la taberna.

Zbishko, que iba al lado de Jaghenka, se acordó de que había ofrecido una misa por la salud de su tío, y dijo:

—Ya vuelvo.

—¿Te espero?

—No.

—Dios te bendiga,—murmuró el abad.

Cuando Zbishko desapareció, dió con el codo á Zich diciendo:

—¿Comprendéis?

—¿Qué?

—Qué se batirá con Vilko y Chtan.

—Es lo que yo quería.

—Son muy fuertes y le matarán.

—Si se bate por Jaghenka, no podrá pensar en la hija de Jurand...

—¿Y su voto?

Yo le relevaré de él.

El abad acercándose á Jaghenka, exclamó:

—¿Por qué estás tan triste?

La joven se volvió y besándole la mano le contestó:

—Padre, enviad dos hombres á Kscesno.

—¿Para qué?

—Porqué así quizá podran evitar el lance.

El abad la miró con seriedad y dijo:

—Aunque le mataran poco importa.

—¡Entonces, que me maten á mí también!—gritó Jaghenka.

Toda la amargura que guardaba en su corazón se deshizo en copioso llanto.

El abad abrazó á la joven y la dijo:

—No temas, es fácil que peleen, pero Vilko y Chtan son caballeros, y no cometerán bellaquerías; Zbishko los vencerá aunque pelee con ambos á la vez. En cuanto á la hija de Jurand te digo que no se casará con ella.

—Si él la ama, yo no lo quiero.

—¿Entonces, por qué lloras?

—Porque temo por él.

—Todas las mujeres son tontas,—repuso el abad, y añadió:

—Si se desafía por tí, se casará contigo.

—¿De veras?

Zbishko fué á la iglesia á encargar la misa de su tío, y después fué á la taberna donde pensaba hallar á Chtan y Vilko.

No se equivocó: allí estaban bebiendo cerveza, sentados junto á una mesa de pino.

Zbishko acercóse á ellos y dió un golpe tan formidable sobre el tablero que tembló todo el recinto.

Ambos guerreros pusieron mano á sus espadas y Zbishko lanzándoles un guante, dijoles en voz nasal, las palabras que acostumbraban á pronunciar los caballeros al lanzar un reto:

—Si uno de vosotros ó cualquiera que se halle aquí, siendo hidalgo, niega que Danusia, hija de Jurand de Spichov, es la más bella y virtuosa niña del orbe, yo le desafío á muerte...

Vilko y Chtan quedaron estupefactos oyendo tan extraño reto. ¿Quién era aquella muchacha? ellos amaban á Jaghenka y no conocían á Danusia ni de vista siquiera. ¿Por qué les desafiaba, entonces? ¿qué quería? Los jóvenes quedaron con la boca abierta y quedaron ante él como si vieran á la bestia de los siete cuernos.

Vilko, que era chocarrero y conocía las costumbres caballerescas, recordó que los caballeros juran fidelidad á una mujer... y se casan luego con otra; tal podía ser el caso, y por eso decidió no dejar escapar la ocasión de batirse por Jaghenka.

Acercóse á él, con rostro amenazador y gritó:

—Hijo de un perro, Jaghenka es la mejor muchacha del mundo.

Chtan se levantó. Los demás concurrentes rodeáronles, comprendiendo que se trataba de algo serio.

XI

Jaghenka cuando regresó á su casa envió en seguida un servidor á Kscesno para que se informase de lo ocurrido en la taberna, mas el criado solamente se cuidó de beber hasta perder casi la cabeza.

Así, regresó á Bogdanetz diciendo que Zbishko estaba jugando tranquilamente á los dados con su tío, lo que complació á Jaghenka tranquilizándola.

Hubiera querido ir con el abad á Bogdanetz pero éste, que quería hablar con Matzko de asuntos referentes al arrendamiento, no quería que nadie asistiese á la conversación. Mas cuando el abad supo el feliz regreso de Zbishko de buen humor, ordenó á sus familiares que cantasen de tal modo que el bosque se estremeciese con sus ecos y cuando estuvieron cerca de Bogdanetz, los aldeanos salían asustados de sus viviendas, pensando que había estallado un incendio ó que los enemigos se aproximaban.

El paje, que cabalgaba delante de todos, les calmaba diciendo que llegaba un príncipe de la Iglesia.

Los aldeanos se inclinaban al paso del abad el cual complacido ante estas demostraciones mostrábase deferente con todos.

Matzko y Zbishko cuando oyeron el canto se adelantaron al encuentro del huésped, mientras algunos familiares, se admiraban de la pobreza de la casa, comparándola con la riqueza de la de Zich.

Matzko y Zbishko invitaron á sus huéspedes á sentarse, pero el abad, que había ya comido, rehusó, pues estaba

preocupado al ver á Zbishko tranquilo y sonriente como si no hubiera disputado con nadie.

—Vámonos á tu habitación, dijo al joven, y vosotros, no arméis ruido ni os acerquéis á la puerta.

Entrando en la habitación Matzko, Zbishko y el abad, sentáronse y empezaron á hablar.

—Has vuelto ahora de Kscesno?

—Sí.

—Qué ha ocurrido?

—He encargado una misa por el tío.

—Ya, dijo el abad, que pensó que quizá el joven no había encontrado á Vilko ni á Chtan.

—Hablemos de las tierras, agregó después. ¿Tenéis el dinero? Sí no le tenéis, Bogdanetz es mío.

Matzko que conocía al abad, levantóse, abrió una caja y sacando una bolsa dijo:

—Somos pobres, pero podemos pagaros; si queréis algo más, decidlo.

Diciendo esto, se inclinó y Zbishko hizo lo mismo.

El abad que no esperaba tanta humildad, dijo:

—Por qué habláis de darme más?

—Porque habéis cuidado de las tierras y no quiero que nadie me haga favores gratis.

El abad se irritó y añadió:

—Ah! sí y si ahora no quisiera aceptar nada?

—Lo aceptaréis.

—No, hago lo que me place y si quisiera dejar este saco en la calle, nadie podría oponerse. Ved aquí vuestro dinero.

Y diciendo esto arrojóle al suelo con tal furia, que las monedas se esparcieron por el suelo.

—Dios os bendiga, exclamó Matzko, que esperaba aquel momento, acepto vuestra generosidad, porque sois pariente mío y un buen sacerdote.

El abad le miró de reojo y murmuró:

—Sabed que aunque me domine la cólera sé lo que me

hago, tomad este dinero porque no recibiréis más de mí.

—Ni esto esperaba,—todo lo que tenga al morir lo daré á Jaghenka.

—Hasta las tierras? preguntó Matzko.

Después de una pausa añadió:

—Oid, sois parientes míos, y Jaghenka, no es si no mi ahijada, pero la quiero mucho, y deseo favorecerla. Si os olvidase á vosotros al morir y dejare todo á ella, maldeciríais mi memoria, pero creo haber hallado un medio de conciliar todo.

—Quiéralo Dios! dijo Matzko.

El abad continuó:

—La muchacha tiene el derecho de ser caprichosa, porque es rica y de buena familia. Si quiere puede aspirar á la mano de un príncipe, pero yo le buscaré un joven á quien ella aceptará, porque sabe que la amo y busco su bienestar.

—Feliz el hombre que se case con ella, dijo Matzko.

El abad se volvió hacia Zbishko:

—Y tú qué piensas?

—Lo mismo que mi tío.

—Por qué no querías que Chtan y Vilko se acercaran á Jaghenka en la iglesia?

—Para que no creyesen que les temo.

—Le has ofrecido agua bendita?

—Sí.

—Entonces... tómala, —tómala, repitió como un eco Matzko.

Zbishko sin turbarse replicó:

—¿Cómo tomarla si juré fidelidad á Danusia?

—Juraste entregarla tres penachos á Danusia y cumpliendo esto, puedes casarte con Jaghenka.

—No, dijo Zbishko; cuando Danusia me cubrió con su velo, prometí casarme con ella.

El rostro del abad se enrojeció de ira.

—Déjate de promesas, dijo.

—He prometido por mi honor, y cumpliré lo prometido. Matzko gritó:

—Zbishko, ¿qué dices?

El abad, levantando la mano con ademán amenazador exclamó:

—Ya sé, ya sé, tiene alma de conejo, y le causan pavor Chtan y Vilko.

Zbishko, que no perdía su sangre fría, encogióse de hombros y dijo:

—¡Ya! Les he roto la cabeza á los dos en Kcesno!

—Santo Dios! exclamó Matzko.

El abad palideció, pero comprendiendo que podía utilizar la victoria, agregó:

—¿Por qué no dijiste nada?

—Me daba vergüenza. Creí que eran caballeros y son bandidos. Vilko arrancó una pata de la mesa, Chtan otra, yo cogí un banco y...

—Viven?

—Sí, les he atontado solamente.

—Ahora he de decirte... observó el abad.

—Qué?

—Que habiéndote desafiado por Jaghenka y habiendo roto la cabeza á dos personas, debes casarte con ella.

El abad sonrió, mirándole con aire de triunfo.

Pero él sonrió también y dijo:

—Comprendí porque me atizábais contra ellos, y me previne.

—Cómo?

—Al retarles, les dije: «La muchacha más bella del orbe, es Danusia, hija de Jurand...»

El abad palideció; le dió tal ira que no pudo contenerse, y de repente fué hácia la puerta, la abrió y con un largo bastón empezó á repartir golpes á diestro y siniestro gritando:

—Fuera! fuera! á caballo, bufones imbéciles, fuera de esta casa.

La clerigalla siguió al abad á pesar de que Matzko les suplicaba que permanecieran allí, jurando que no tenía la culpa de nada.

El abad blasfemaba, maldecía la casa y la gente y apenas estuvo á caballo partió al galope por el polvoriento camino... El aire, hinchando sus anchas mangas, le hacía parecer un gigantesco pájaro rojo, seguido de una bandada de gorriones.

Matzko entró en la casa diciendo:

—Buena la has hecho!

Zbishko contestó:

—No hubiese ocurrido esto si hubiese partido yo antes.

—Por qué no marchaste?

—A causa vuestra.

—Por qué?

—Porque no quería dejaros enfermo.

—Qué sucederá ahora?

—No lo sé.

—Dónde vas?

—A Masovia. Después iré á conquistar los cascos alemanes.

Matzko murmuró:

—Nos ha dejado el dinero, pero no le heredaremos.

—No importa, mi espada y mi coraza me procurarán lo que deseo.

Matzko reflexionó sobre lo ocurrido.

Todo sucedía al revés de lo que deseaba. Deseaba que Zbishko se casara con Jaghenka y ahora no cabía pensar en ello porque el abad estaba furioso y Chtan y Vilko tenían la cabeza rota. Lo mejor era que Zbishko partiese para evitar mayores daños.

—Ya que debes conquistar los cascos alemanes, dijo, parte, yo iré á Zgogelitz para calmar al abad y á Zich; lo siento por éste. ¿Y tú no piensas en Jaghenka?

—Dios la conserve la salud y la colme de dicha, contestó Zbishko.